

¿Ciudad sin ciudadanos? Mapas coloniales de Puerto Rico

A city without citizens? Puerto Rican colonial maps

Francisco Carrillo Martín

Doctor en Estudios Hispánicos, Universidad de Pensilvania.
Director de www.arquitectura.about.com
francarrillo@yahoo.com

Resumen: Oficialmente, Puerto Rico es un «territorio no incorporado» de Estados Unidos, una relación avalada por la aprobación en 1952 del Estado Libre Asociado (ELA) de Puerto Rico, vigente en la actualidad. Según datos del Censo Federal de Estados Unidos (2010), el 99% de sus habitantes vive en unas áreas urbanas cuyo desarrollo refleja el estatus colonial de Puerto Rico, en un contexto en el que el consenso que alguna vez supuso el ELA parece agotado (en el plebiscito celebrado el 6 de noviembre de 2012, el 54% de los electores votaron en contra de la actual fórmula). Esa «ciudad sin ciudadanos», a la que se refiere el título, se convierte entonces en una cuestión retórica, pues señala las causas de la no ciudad en la que habita una población mayoritariamente urbana.

Palabras clave: Puerto Rico, Estado Libre Asociado, suburbanización, colonialidad, Estados Unidos

Abstract: Officially, Puerto Rico is an «unincorporated territory» of the United States. This designation was certified by the enactment, in 1952, of the Free Associated State or Commonwealth of Puerto Rico. According to the United States Census Bureau (2010), 99% of Puerto Rico's inhabitants live in urban areas, the development of which reflects the country's colonial status in a context where the Commonwealth seems exhausted (in the 6th November 2012 plebiscite, 54% of the voters opposed the status quo). The title «A city without citizens?» is a rhetorical question that inquires into the antecedents of this non-city in which a mainly urban population lives.

Key words: Puerto Rico, Commonwealth, suburbanization, coloniality, United States

A pesar de que el 99% de los habitantes de Puerto Rico ocupa zonas urbanas, resulta difícil constatar la existencia de ciudades en su territorio. Lo que encontramos son áreas construidas de mayor o menor densidad, continuos suburbanos que traducen a términos espaciales tanto su condición periférica en el sistema territorial de Estados Unidos, como la confusión que rodea a la identidad política de la isla. Hablamos de un territorio que ni se sumó a las independencias, al menos a las formales, de la región (¿cuándo se independizó Cuba, la República Dominicana, los países centroamericanos?) ni, al estilo hawaiano, se integró más tarde, en 1959, como estado de la Unión. En medio de la indeterminación que pesa sobre la cuestión puertorriqueña, resalta la propia denominación legal que recibe el país, origen de todo tipo de asociaciones metafóricas. La isla es un «territorio no incorporado» de Estados Unidos, lo que literalmente la designa como mera geografía apropiada (*territorio «nuestro»*), al que no se le reconoce subjetividad (*no incorporado*). La sintomática terminología, reflejo de las vaguedades que rodean al caso, aconseja señalar sus variables más básicas.

Puerto Rico es un archipiélago compuesto por tres islas mayores: Puerto Rico, Vieques y Culebra, bañado al norte por el océano Atlántico y al sur por el mar Caribe. Al oeste se sitúa la República Dominicana y al este las islas Vírgenes. Tiene 9.000 km² de superficie (de forma similar y tamaño algo menor que Asturias) y 3,7 millones de habitantes, si bien hay más de cinco millones de puertorriqueños censados en Estados Unidos. El idioma vehicular es el español, la capital San Juan y el gentilicio puertorriqueño. En 1898 Estados Unidos se anexiona el territorio, en 1917 concede la ciudadanía norteamericana a sus habitantes y en 1952 se aprueba la Constitución que aún rige la relación con la metrópoli, el Estado Libre Asociado (ELA). El 45% de sus habitantes vive por debajo del umbral de la pobreza (según datos del Censo Federal de Estados Unidos de 2010), y su renta per cápita es tres veces menor que la de Estados Unidos. Cada mes se reportan alrededor de 100 asesinatos, con una tasa de homicidios que sextuplica a la de Estados Unidos y supera, por ejemplo, a la de México (26,6 por 100.000 habitantes frente a 22,7¹). Puerto Rico no es un estado de Estados Unidos, y los puertorriqueños que viven en la isla, a pesar de poseer la ciudadanía norteamericana, no votan en las elecciones norteamericanas. Puerto Rico no tiene representación exterior ni capacidad para establecer tratados con otros países. Debido a las leyes de cabotaje, el transporte de mercancías con Estados Unidos, que representa para Puerto Rico el 80% del total, se realiza a través de empresas navieras estadounidenses que operan los puertos de la isla en régimen de monopolio.

1. Según datos de la Oficina de Naciones Unidas contra la Droga y el Delito (UNODC, por sus siglas en inglés).

Pero volvamos a la expresión «territorio no incorporado», porque a partir de la combinación de esas tres palabras se construye la ciudad sin ciudadanos que nos ocupa, el sistema-isla donde una mayoritaria población urbanizada vive, contradictoriamente, ajena a la noción de ciudad. Me acojo aquí a la proteica definición que propone la *Política* de Aristóteles y se prolonga, por ejemplo, hasta las recientes intervenciones de Giorgio Agamben (2006) o Jacques Rancière (2004): la *polis* como una categoría que designa un entorno físico y al mismo tiempo un ámbito político cualificado, el lugar donde toma cuerpo el diálogo público. Ambas dimensiones centrarán el presente trabajo. Desde esta posición podemos historizar lo deshistorizado, ofrecer algunas referencias que dibujen el mapa del desarrollo urbano de Puerto Rico en torno a los elementos que han configurado su condición de *territorio*. Digamos que, desde los primeros estadios coloniales, la isla ejerce de enclave militar, «llave de las Indias» por su localización intermedia entre las Antillas mayores y menores; una posición que, lejos de ser abandonada, se reforzará en el último siglo como base operativa de la Guerra Fría y punto estratégico del Comando Sur². Culebra y Vieques, sus islas menores, han ejercido de campo de entrenamiento militar y pruebas armamentísticas (hasta 1973 y 2003, respectivamente), mientras que la base de Roosevelt Roads, al este de la isla grande, almacenaba hasta 2004 armas nucleares y servía de puerto para una de las mayores flotas navales de Estados Unidos. El Puerto Rico moderno, como ya sucedió bajo la corona española, se topografía, se imagina y se organiza como base militar: imposible separar la estrategia exterior de Estados Unidos de la conformación de la isla y el estatus legal de sus habitantes, que reciben el otorgamiento de ciudadanía como paso previo a las levas de la Primera Guerra Mundial, y firman su constitución política en plena Guerra de Corea, alentados por el impulso que acompañó el despegue industrial y la hegemonía cultural norteamericana tras la Segunda Guerra Mundial (ambos conflictos registran una movilización masiva de jóvenes puertorriqueños).

Enclave ordenado y aséptico, zona amurallada que elimina textualidades ajenas y se construye como un eterno presente, la base militar sintetiza, en opinión del arquitecto Miguel Rodríguez Casellas (2012a), la relación espacial que establece la nueva metrópoli con su territorio, origen del desarrollo urbano de la isla. Los principales agentes urbanizadores a partir de la década de los cincuenta del siglo pasado, ya sean las iniciativas infraestructurales y de promoción industrial de las administraciones públicas o los proyectos empresariales de vivienda, contemplan el tejido

2. Uno de los diez comandos del Departamento de Defensa de Estados Unidos. Su base se encuentra en Miami y su área operativa comprende América del Sur, Centroamérica y el Caribe.

social precedente como un universo disfuncional y subdesarrollado sobre el que aplican el procedimiento militar de la *tabula rasa*, en comunicación, por otra parte, con las propuestas más pujantes de la arquitectura moderna. La aprobación del ELA se produce junto con un amplio proyecto de inversión industrial e infraestructural denominado «Manos a la obra» que marca el decisivo cambio demográfico hacia un patrón migratorio que no se detiene en la capital isleña, sino que salta hacia los barrios de Nueva York o Chicago: de 1950 a 1970 más de 600.000 puertorriqueños emigran a Estados Unidos (Dietz, 2002: 306). La Ley de incentivos industriales, aprobada en 1947, marca el inicio de la operación, así como el agudizamiento de la dependencia económica con Estados Unidos, pues el importante desembarco de empresas manufactureras norteamericanas desplaza a la más modesta industria local. Lejos de potenciar las áreas en las que la isla ofrecía una ventaja competitiva, la estrategia de «Manos a la obra» se concentra en las lógicas económicas del capital norteamericano, al que se adapta la política local.

El cambio de paradigma no solo es económico, sino que se acompaña de la transformación simbólica de una identidad profundamente asociada con la cultura rural y la ocupación dispersa del interior montañoso, ahora en conflicto con el espacio habitado: urbano, industrial, atravesado por la emigración y los modelos de vida norteamericanos. Además de un programa infraestructural, «Manos a la obra» representa, como afirma Magdalena Campo Urrutia (2012: 25), el programa de imágenes de la utopía industrial y de consumo con la que Puerto Rico se incorpora al mapa de la modernidad. La difícil ecuación que resuelve el ELA concilia el relato folklórico de identidad nacional y el sueño norteamericano de los cincuenta: casa unifamiliar, televisión y automóvil, en un contexto en que la triunfante metrópoli se lanza a su segunda conquista del Oeste. Son los años del rápido desarrollo de ciudades como Phoenix, Houston o Los Ángeles, cuyos planes urbanos y tecnologías del hogar escenifican la expansión mundial del *American way of life*.

Esta es la trama sobre la que se alza el forzado objetivo de una sociedad con estructuras familiares, económicas y geográficas completamente ajenas al modelo importado, que además carece de una clase media consolidada que asuma con naturalidad el cambio de rumbo. A la extensión de los asentamientos precarios sobre zonas inundables y cuerpos de agua insalubres (El fanguito, Puerta de Tierra o el Caño Martín Peña), y la demanda de un fondo habitacional que acoja a las masas de nuevos inmigrantes capitalinos, se responde con la construcción de repartos unifamiliares para las clases trabajadoras, o de residenciales públicos³

3. Denominación que reciben en Puerto Rico los proyectos de vivienda pública.

amurallados para dar cobijo a la población de bajos recursos. En el primer caso a través de un modelo en extensión que amplía considerablemente las distancias del área urbana; en el segundo, por medio de edificios en altura cuyos muros separadores, más que impedir la amenaza exterior, se asumirán como el modo en que el exterior aísla las dinámicas del residencial.

No todo es negativo. Estas primeras décadas de posguerra mundial también registran la consolidación del área de Santurce, vieja villa de negros libertos, como corazón urbano de San Juan y núcleo cultural de la época, en comunicación con otros lugares de referencia para la sociedad puertorriqueña, en particular los de la diáspora *nuyoricana*. De ese diálogo nace una efervescente red ciudadana organizada en torno a sus arterias principales (la calle Ponce de León, la calle Loíza, la Parada 15 o la avenida Eduardo Conde), en las que se concentra una intensa actividad comercial y cultural: cines, teatros, casas de discos o emisoras de radio que producen algunas de las expresiones más características del Puerto Rico moderno, particularmente el relato musical del bolero y la salsa. Las calles de Santurce aún muestran los nombres de Ismael Rivera, Rafael Cortijo, Tito Rodríguez, Gilberto Monroig o Rafael Alers, como recuerdo de los años en que se crea una posibilidad de ciudad poco después mutilada.

La ciudad imaginada contra la ciudad real

Desde la década de los setenta, la historia urbana de Puerto Rico describe la derrota de esta posibilidad de ciudad a manos de un modelo aspiracional que, al ritmo que marcan los modelos urbanos de Norteamérica, localiza en el *mall* su enclave social de referencia. En 1968 se inaugura la Plaza de las Américas, el centro comercial más grande del Caribe, a la vez que se inicia el definitivo declive de Santurce hasta alcanzar la condición actual de barrio fantasma. La dicotomía entre el espacio manufacturado por la economía de consumo y el espacio real se expresó en una doble inscripción visual: para la ciudad real se reservaron las instantáneas a ras de suelo de quienes documentaban la miseria de los arrabales sanjuaneros, mientras que la ciudad imaginada se asociaba a las fotografías aéreas de los flamantes desarrollos urbanos y su ficción de una urbe capaz de separar al individuo de una naturaleza percibida como foco del subdesarrollo (Campo Urrutia, 2012: 25). La oposición reproducía esa idea de modernidad que, frente al incipiente tejido ciudadano de las subjetividades en movimiento, contraponía una imagen mecanizada, profundamente racionalista, en la línea de lo geográfico y la lógica del *territorio*.

Sobre el hecho insoslayable de que Puerto Rico es una isla pequeña de recursos limitados y sensibles equilibrios ecológicos, comienza a extenderse una «base espacial importada», en palabras del geógrafo Carlos Guilbe (1998: 160), que nace de los modelos económicos que genera «Manos a la obra». La llegada de capitales norteamericanos acentúa los esquemas de producción y consumo gestados en una geografía ilimitada que impone la trilogía casa unifamiliar-autopista-*mall* como la única variable de organización del espacio. Algunas decisiones puntuales resumen la conformación del territorio colonial, como el desmantelamiento de las numerosas líneas de tranvías urbanos de San Juan (en 1946), o de las líneas férreas de la importante red que desde las últimas décadas del siglo XIX servían a la isla (en 1957), lo que originó un déficit de transporte público que se mantiene en la actualidad. Puerto Rico no cuenta con un sistema interurbano de transporte público, y del transporte urbano solo puede destacarse su extrema ineficiencia (tal es el caso de la Autoridad Metropolitana de Autobuses [AMA]) o su insuficiencia (como ocurre con el recientemente inaugurado tren urbano).

Como el residente de Houston o Los Ángeles, el puertorriqueño no ha tenido más remedio que desplazarse en su vehículo particular, lo que a la *continentalidad* percibida le ha sumado el componente de *suburbialidad*. Hablamos de uno de los entornos con mayor tasa de automóviles por habitante del mundo (0,82 frente a los 0,76 de la media estadounidense⁴) y mayor densidad de grandes centros comerciales (222 en toda la isla), a los que se deben sumar los negocios franquiciados (los Mc Donalds, Marshall's, Sizzler, Ponderosa o Pizza Hut) que se distribuyen en forma de continuo por las principales vías del país. La dinámica de conjunto ha causado el dramático abandono de los centros urbanos y la hegemonía de una conciencia espacial, que se expresa en la configuración física de los entornos, determinada por el desplazamiento en el vehículo privado. Más que habitarse, la *urbe* Puerto Rico se atraviesa sobre cuatro ruedas.

En este orden de las percepciones, resalta el modo en que se construye el espacio vivido, pues a la vez que se desconocen los mapas de los barrios que en otras latitudes constituirían sus *centros* de actividad —aquí lugares intransitados por intransitables— la geografía cotidiana incluye detalles pormenorizados de las direcciones viales, los tiempos en coche, el número de semáforos que median en el recorrido o la existencia de un Dunkin Donuts o una Texaco, como única referencia en la anodina geografía urbana. No debe sorprender que uno de los pocos derechos reclamados a la ciudad sea el de máxima accesibilidad vehicular, dentro de un ecosistema regido por la ampliación de vías para el tránsito,

4. Según datos del Censo Federal de Estados Unidos de 2010.

la extensión de aparcamientos en superficie o la proliferación de gasolineras y otros servicios (talleres, concesionarios, negocios de compra-venta de vehículos o *servicarros*), en tal proporción que ha convertido el territorio urbano en un conglomerado de aspecto posindustrial solo amable para el sector automotriz. No en vano, los ponceños⁵ repiten con una calculada ceguera autocrítica aquello de «Ponce es Ponce y lo demás es *parking*».

La disonancia que genera el «espacio ilimitado percibido» –ordenado, aséptico, determinado por las mercancías y la distribución del tiempo del modelo norteamericano– con respecto al «espacio real disponible» (Guilbe, 1998) ha degradado la posibilidad de un espacio público que armonice algún tipo de identidad ciudadana. El mapa que se desprende del «territorio no incorporado» es el de una urbe que en sus zonas antes consolidadas, como ocurre en los barrios de Santurce y Río Piedras, agoniza entre edificios abandonados, la suciedad de calles mal asfaltadas, los terrenos baldíos, la ausencia de iluminación y la desolación nocturna que inevitablemente convoca el miedo al encuentro con el crimen.

Políticas urbanas

La política municipal se ha encargado de exacerbar estas diferencias entre utopías prestadas y realidades diarias, en fomentar sin ambages la destrucción del tejido urbano existente como clave de un mejoramiento que confía, en primera instancia, en el corte quirúrgico. Después de tres legislaturas consecutivas, el alcalde saliente de San Juan, Jorge Santini, dejó su cargo en noviembre de 2012 tras una sonada rueda de prensa en la que declaró haber dejado inconclusa «su obra». El gobierno local de Santini coincide con uno de los periodos de mayor capacidad de financiamiento para la infraestructura urbana, que en el caso de San Juan arroja, tras 12 años de gestión, la inevitable constatación de lo inacabado, como si cada uno de los proyectos hubiera completado su fase inicial de demolición sin haber culminado –en demasiadas ocasiones sin haber comenzado– la de ejecución.

En esa pugna entre el espacio aspiracional y el espacio real, la evolución urbana de San Juan en la última década reafirma la tendencia a la pérdida de población iniciada en la década de los setenta –en 1960 San Juan registraba 451.000 habitantes, 434.000 en 2000 y 395.000 en 2010– y el abandono de edificios

5. Habitantes de Ponce, segundo municipio de la isla en población y con histórica rivalidad respecto a San Juan.

—el Censo Federal de Estados Unidos de 2010 contabiliza como vacíos el 30% de los inmuebles—, además de la gestación de una nueva imaginaria que organiza los elementos en superficie. La fotografía aérea de los desarrollos urbanos que en los años cincuenta y sesenta imponen el esquema de *sprawled city* se sustituye, en la actualidad, por modelos infográficos que, sobre la ciudad real, proyectan la dudosa imaginación de un *emprenderismo* chato entregado al asombro visual, la actividad intensiva de consumo —llama la atención el hecho de que muchas de las figuras de las simulaciones llevan bolsas de *boutique*— y el impulso especulativo al que se han entregado las administraciones públicas. La ciudad simulada emprende así una fase acelerada de destrucción de áreas tradicionales sin que se alcance la ya de por sí indeseable segunda fase reconstructiva (la virtual) debido, entre otros factores, a la grandilocuencia de los proyectos y el pinchazo global de la burbuja inmobiliaria. Los espacios vacíos de las áreas arrasadas a golpe de excavadora o los esqueletos de viviendas antes ocupadas perviven como testimonio de la indecisión municipal, cuando no de su desconfianza ante cualquier alternativa al triángulo indiscutido de progreso: casa unifamiliar-automóvil-*mall*.

Los ejemplos serían numerosos. Entre ellos destaca la demolición en 2005, entre fuertes protestas vecinales, del barrio de San Mateo, en el corazón de Santurce, con el objeto de levantar en sus terrenos unas torres residenciales, de las cuales solo se completó la primera fase. El desahucio de toda una comunidad de residentes se saldó con la extensión de un terreno baldío actualmente utilizado como aparcamiento circunstancial. De manera paralela, iniciativas como Bahía Urbana⁶, que preveía un megacorredor urbano⁷ a lo largo de la bahía de San Juan, han causado la relocalización de gran parte de la comunidad de Puerta de Tierra, otro de los enclaves tradicionales de la ciudad, sin que se adviertan significativos avances en los planes. Por no hablar de Walkable City, un proyecto de similares proporciones que afectó severamente a la comunidad de La Perla⁸ sin que fuera posible prever plazos para su finalización. Otros casos, como ocurrió en Paseo Caribe⁹ o con el

6. Véase <http://www.bahiaurbana.com/Bu.php>

7. Según el arquitecto Jorge Lizardi Pollock (2011: 35), sus dimensiones superarán la reconstrucción berlinesa de Postdamer Platz.

8. Arrabal histórico enclavado junto a las murallas del viejo San Juan.

9. Paseo Caribe es un complejo residencial y comercial ubicado en la entrada de la isleta de San Juan, proyectado sobre un cuerpo de agua y en las inmediaciones de un entorno de valor histórico y arqueológico. Contraviniendo diversas normativas y frente a una movilización ciudadana constante, desde 2008 se acumulan retrasos y una evidente falta de ocupación de las torres terminadas.

cierre de Punto Verde¹⁰, reafirman esta dinámica en que la *coherencia* infográfica se traslada arrasadoramente sobre el cuerpo de la ciudad sin tan siquiera alcanzar su objetivo de gentrificación.

La lectura de conjunto habla de una gestión pública que borra subjetividades históricas y dispone el espacio como geografía sin pasado, mero «territorio». La ciudad consolidada ha sufrido la constante imposición de los modelos de suburbio: grandes vías de circulación han partido los barrios históricos, la apertura de grandes centros comerciales ha deprimido el comercio de proximidad, y la ausencia de una eficiente planificación urbana (limpieza, iluminación, zonas de recreo, áreas peatonales, centros culturales, transporte público o servicios sociales) ha convertido los antiguos centros de actividad en áreas residenciales depauperadas y estigmatizadas en el imaginario común.

Violencia

Con este recuento agotamos los elementos que rodean al núcleo, apenas citado, sobre el que gravita cualquier dinámica espacial en Puerto Rico, una isla de superficie reducida donde los más de 1.000 asesinatos anuales obligan a convivir irremediamente con el crimen. La machacona crónica de sucesos, el preciso conocimiento a pie de calle de las lógicas del narcotráfico, el predominio de sus formas culturales o la industria que ha generado a su alrededor –desde la fuerte demanda interna derivada del blanqueo de dinero¹¹ hasta el éxito de los nuevos grados universitarios en ciencias forenses o en justicia criminal–, trazan recorridos y horarios, actividades posibles e indeseables de acuerdo con el termómetro del peligro que incorpora cada individuo. La estadística resulta relevante: mientras que en 2006 la cifra de asesinatos se situó en 740 y en 2007 en 730, el estallido de la reciente crisis económica y

10. Punto Verde es un ecoparque infantil que nace como una cooperativa de trabajadores. Con un fuerte acento en el trabajo comunitario, la educación en valores ecológicos y la promoción de pequeños empresarios entre personas de escasos recursos, dos años después de su apertura, en 2009, la administración local retiró sus permisos y obligó a su cierre. A comienzos de 2013 la nueva alcaldía estableció un compromiso de reapertura.

11. Puerto Rico está clasificado por el Departamento de Justicia de Estados Unidos como una *High Intensity Drug Trafficking Area*. Según diversas estimaciones, el blanqueo de dinero proveniente del tráfico de drogas se sitúa entre 7.000 y 9.000 millones de dólares anuales, lo que constituye una cifra en torno al 15% del PIB (González, 2011).

las políticas gubernamentales de los últimos años arrojaron un alza histórica de 1.164 muertes violentas en 2011 y de 1.004 en 2012, lo que representa un incremento superior al 60% en tan solo cinco años. Según estadísticas de Naciones Unidas, Puerto Rico ocupa el puesto 19 del mundo en homicidios por habitante (un ranking que incluye a países en conflicto armado), dentro de un contexto regional que encabeza la clasificación mundial. La condición de Estado Libre Asociado no le ha servido a Puerto Rico para escapar de unas estadísticas en las que –junto con Honduras, El Salvador, Guatemala, Colombia, Venezuela, República Dominicana, Jamaica, Belice, Bahamas o México– aparece en el grupo de países destacados.

Puerto Rico confirma con creces la lógica según la cual el cuerpo asesinado, o el relato que se hace de él, metaforiza la experiencia urbana desde sus orígenes modernos; con la diferencia de que los callejones oscuros, sótanos y arrabales que nutren la crónica de sucesos del siglo XIX se sustituyen contemporáneamente por los territorios de nadie, las marginales de las autopistas, el aparcamiento solitario o el área industrial como nuevas *heterotopías*¹² desde donde el cuerpo asesinado propone su mapa de la ciudad. Edgardo Rodríguez Juliá (2009: 23), uno de los escritores más asociados a la crónica sanjuanera, se refiere a ellos como lugares «innombrables» y los menciona como ejemplo de la ciudad «provisional» y «desmemoriada» que caracteriza a la urbe latinoamericana. En San Juan, esta transitoriedad determinada por la planificación precaria y el dominio del automóvil parecería extender lo innombrable hasta agotar el resto de lenguajes, como si cualquier relato se frustrara al contacto con la pareja alegórica del cuerpo asesinado y el terreno baldío. En las geografías de la ciudad indecisa, la violencia «objetiva», aquella que aparece en la primera plana de los periódicos, traduce con singular precisión la violencia «subjética» (Žižek, 2008: 14) de los patrones espaciales importados. El asesinato traduce a un nivel cotidiano y físico la violencia silente del modelo *base militar* o las enajenantes políticas locales.

Quienes han elaborado una narrativa más significativa en torno a la ciudad puertorriqueña insisten, contradictoriamente, en el vacío que la recorre, advierten una imposibilidad de expresar propia del *territorio*: es la presencia del olvido sobre las maltratadas calles y las alegóricas ruinas de Santurce lo que les impulsa

12. Cito el célebre término que emplea Michel Foucault para referirse a los espacios capaces de sintetizar el resto de lenguajes sociales. Son ámbitos separados del resto (en su teoría encontramos cárceles, hospitales o sanatorios mentales), que, por su toma de perspectiva, extreman las lógicas y causan un reflejo de las dinámicas generales.

a reconstruir las textualidades perdidas. El relato que surge de este ejercicio reconoce la dificultad de remitirse a un *antes* realizado: la ciudad nunca sucedió. El trabajo de la memoria se transforma así en la mirada nostálgica sobre la posibilidad abortada, como si la identidad citadina derivara de lo que pudo haber sido y no fue. Nostalgia de Rodríguez Juliá por el malecón que recorría la playa de Ocean Park a la altura del parque Borinquen, nostalgia por el tranvía, por los relatos de la vida salsera de la Parada 15 o de Villa Palmeras, por los hipódromos desaparecidos, los cines y teatros de la Ponce de León.

En este memorial de la ruina, Eduardo Lalo (2008: 39) apunta la dificultad lingüística que soporta San Juan, esa «ciudad de lo innostrado, de la ausencia, de la banal condición de lo sustituible, de los espacios y comunidades prescindibles»; al mismo tiempo, el arquitecto Edwin R. Quiles (2012) se autoimpone la tarea de recorrer a pie su arteria principal, la Ponce de León: «Hace un tiempo me propuse iniciar una lectura de San Juan desde la perspectiva del caminante, decidí comenzar el proyecto tomando como ruta de viaje una calle conectora, una vía que traspasara barrios e interconectara historias y que además pudiera ser caminada de comienzo a fin». Quiles realiza este recorrido, para encontrarse con que, al cabo, el caminante se ha convertido en *flâneur* frustrado y su camino en censo de desapariciones: «Confieso que la experiencia de caminar la ruta desde Río Piedras a San Juan, lejos de ser placentera, me ha resultado en muchos momentos tediosa. (...) Hay tantos silencios, vacíos, desencanto, desentendimiento de los ciudadanos y abandonos que opacan los gestos amables. Muchos sectores y edificios que sugieren posibles glorias pasadas, de risas y gritos, yacen ahora asordados por el olvido, por la violencia, como el clima del trópico se ensaña contra los espacios cerrados, contra los edificios abandonados». El deterioro de las calles habla del vacío político que las recorre, de la extensión de la lógica suburbana por los espacios que, precariamente y en ocasiones sin mucha decisión, se resisten a ella.

Lo público y lo común

En contraste con su entorno caribeño, las calles y mercados, plazas y paradas de autobús se convierten aquí en entornos evitados, y no solo por una cuestión práctica —ya hablamos de su depauperación—, sino por los significados simbólicos asociados a su uso. En consonancia con el conjunto de importaciones espaciales, lo público se identifica con las políticas asistenciales, el *mantengo* —en forma de cupones alimenticios, ayudas a la vivienda, *medicaid*, *medicare* o becas— al que se acoge una parte sustancial de las familias puertorriqueñas (el 60% reúne

los requisitos para estas ayudas¹³), estigmatizadas en el discurso público no solo por representar la dependencia que padece el país, sino la pervivencia de un modelo de subdesarrollo sufragado por la metrópoli. Y es que las transferencias federales, unos 16.000 millones de dólares al año, se insertan directamente en el ciclo de consumo que hoy marca la relación colonial: el 52% de los productos que se consumen en la isla se importan desde Estados Unidos¹⁴. El espacio público soporta así el prejuicio con que el consenso «republicano», en palabras de Rodríguez Casellas (2012b), condiciona en Puerto Rico el papel de la administración, que más allá de dinamizar el sector privado, gestiona la exclusión social con una mirada cortoplacista y populista. De este modo, el debate sobre la ciudad como entorno que se construye paulatinamente desaparece de un horizonte discursivo que la asume «en el sentido norteamericano del término, es decir, ciudad como hecho infraestructural en lugar de hecho cultural, mucho menos simbólico» (íbidem), en el que, prosigue Rodríguez Casellas, «la relación entre Gobierno y ciudad aparece más como un asunto de garantías de bienestar privado que de negociación de diferencias y deseos comunes» (íbidem). La ciudad permanece extramuros del discurso político, mientras su degradación cotidiana adelanta las tendencias más visibles del paradigma neoliberal.

Sobre los vacíos de una administración local deficiente en su carácter representativo, se observa la emergencia de espacios alternos que reclaman el término de *lo común*, redes ciudadanas con una notable capacidad reproductiva que señalan la posibilidad de nuevas textualidades y reapropiaciones del territorio urbano. Gracias a ellas, el abandono se convierte en una fuerza productora, pues los huecos en la geografía y el lenguaje se habilitan como espacio abierto a opciones inesperadas. La ausencia de ley, valor catastral o visión estratégica que pesa sobre los inmuebles y terrenos en desuso se convierte en el mejor reclamo para acciones que transcurren al margen de la burocracia: «Cinema Paradiso», en la calle Loíza, activa un lote de viviendas sin construir para proyectar películas al aire libre dos domingos al mes; «Bicijangueo» reúne a cientos de ciclistas urbanos que recorren la ciudad nocturna y desierta; «Santurce es ley» cita anualmente a los principales artistas urbanos para decorar las paredes del barrio de Trastalleres; «Desayuno calle» convoca a desayunos en espacios públicos deshabitados; «Piso proyecto» recupera el descampado en que quedó convertido el barrio de San Mateo después de su demolición; mientras que «Cauce» emplea dos *cuerdas*¹⁵

13. Véase http://www.periodicolaperla.com/index.php?option=com_content&view=article&id=1892:rebasa-la-cifra-de-600-mil-el-numero-de-beneficiarios-del-pan&catid=81:locales&Itemid=198.

14. Según datos del Censo Federal de Estados Unidos de 2010.

15. Medida de superficie utilizada tradicionalmente en Puerto Rico y equivalente a 3.930 m².

de la comunidad de Capetillo para convertirlas en un huerto urbano; por citar solamente algunas de las iniciativas que asaltan el espacio público y generan un mapa alternativo al de la violencia estructural. Hablamos de proyectos que, mientras se despliegan por los vacíos de la urbe, apuntan el fracaso del proyecto moderno que alguna vez alumbró; iniciativas que recuperan lo político desde categorías imprevistas, pues en su búsqueda de nuevas complicidades y alianzas ni niegan ni afirman las textualidades previas. Son movimientos que muestran una profunda conciencia urbana, en muchas ocasiones iniciados desde plataformas directamente relacionadas con el urbanismo y la arquitectura, con el objetivo de otorgar valor ciudadano, de reinscribir políticamente la participación del individuo en un entorno evidentemente degradado.

Las acciones de esas redes fluyen sobre los espacios desactivados de lo que alguna vez fue un intento de ciudad, como si el esqueleto de Santurce ofreciera el mapa para expresar sus deseos latentes. Se trata de detenerse a desayunar, de proyectar películas sobre un muro, pasear en bicicleta o sentarse en una silla de playa a contemplar un espectáculo callejero; temporalidades y formas de habitar que nacen, contradictoriamente, de una geografía inhóspita. Aunque no de un modo premeditado, estas propuestas intervienen en el debate identitario de una manera central, mientras sortean las categorías ideológicas de la ciudad quebrada: estadidad o independencia, español o inglés, Estados Unidos o América Latina, insularidad o emigración continental. Las dualidades al uso dejan paso a los nexos que intentan generar una idea de comunidad vertebrada, donde el derecho a la ciudad se eleva por encima del derecho a la nación. Colisionan así dos construcciones poderosas, puesto que frente a la nación moderna inalcanzada y su gramática de derechos exclusivos, se recupera el espacio de la ciudad constituido en el encuentro de lo diferente.

Conclusión

Por sugerentes que sean, estas formas de resistencia no logran enmascarar un modelo urbano que se ofrece como reflejo de la indefinición jurídica y la incompleta consolidación nacional de Puerto Rico, territorio que ingresa en el siglo XXI, en la ciudad neoliberal de flujos de capital, sin haberse sumado a la del siglo XIX o al proceso descolonizador que sucede a la Segunda Guerra Mundial. La urbe puertorriqueña extrema las dinámicas que en otras latitudes se advierten como tendencia de futuro, el universo distópico que se proyecta sobre la ausencia de una *polis* representativa e igualitaria. En el último censo de Estados Unidos únicamente dos territorios aparecen como lugar de huida:

Michigan pierde el 0,6% de su población y Puerto Rico el 2,2%. Esto supone que más de 300.000 puertorriqueños han abandonado la isla en la última década, una cifra migratoria solo comparable a la que se produjo en la paradigmática década de los cincuenta. Si hablamos de modelo, más que al de Los Ángeles o Houston, el de la *urbe* Puerto Rico se asemeja a ese museo de la desaparición en que se ha convertido Detroit. La particularidad del caso isleño reside en que a la crisis industrial y de las manufacturas que tradicionalmente supuso su primer rubro económico, se suma el profundo cuestionamiento que sufre el Estado Libre Asociado en tiempos de zozobra económica, cuyo consenso parece diluirse al ritmo en que se degrada el cuerpo urbano al que dio origen.

Referencias bibliográficas

- Agamben, Giorgio. *Homo Sacer. El poder soberano y la nuda vida I*. [Trad. Antonio Gimeno Cuspinera]. Valencia: Pretextos, 2006.
- Campo Urrutia, Magdalena. «El vuelo del Hombre del Cohete a través de la ciudad-brochure de San Juan». *La Habana Elegante*, n.º 51 (primavera-verano 2012) (en línea) [Fecha de consulta 20.02.13]: http://www.habanaelegante.com/Spring_Summer_2012/Dossier_SanJuan_CampoUrrutia.html
- Consejo Ciudadano para la Seguridad Pública y la Justicia Penal A.C. «San Pedro Sula otra vez primer lugar mundial; Acapulco, el segundo». *Seguridad, Justicia y Paz* (07.02.13) (en línea) [Fecha de consulta 16.03.13]: <http://www.seguridadjusticiaypaz.org.mx/sala-de-prensa/759-san-pedro-sula-otra-vez-la-ciudad-mas-violenta-del-mundo-acapulco-la-segunda>.
- Dietz, James L: *Historia económica de Puerto Rico*. Rio Piedras: Ediciones Huracán, 2002.
- González, Joanisabel. «Economía minada por la droga». *El Nuevo Día* (13 de diciembre de 2011) (en línea) [Fecha de consulta 15.03.13] <http://www.elnuevodia.com/economiaminadaporladroga-1142407.html>
- Guilbe, Carlos. «Los espacios conflictivos: urbanización y urbanismo en Puerto Rico», en: Seguinot-Barbosa, José. *Globalization in America: A Geographical Approach*. Rio Piedras: Universidad de Puerto Rico, Instituto de Estudios Caribeños, 1998, p. 155-172.
- Lalo, Eduardo. «La ciudad de los demonios», en: Ortiz, Maribel; Vilches, Vanessa (eds.). *Escribir la ciudad*. San Juan: Fragmento imán editores, 2009, p 37-45.
- Lizardi Pollock, Jorge L. «Berlín: entre la grandilocuencia y el urbanismo experimental». *Entorno*. San Juan: Colegio de Arquitectos y arquitectos paisajistas de Puerto Rico, n.º. 19, año 6, vol. 2 (2011), p. 30-36.

- Quiles Rodríguez, Edwin R. «La Ponce de León como metáfora». *Claridad, el periódico de la nación puertorriqueña* (15 de octubre de 2012).
- Rancière, Jacques. «The Politics of Literature». *Substance*, 103, vol. 33, n.º 1 (2004), p. 10-24.
- Rodríguez Casellas, Miguel. «El paisaje tatuado: un marco teórico para el Proyecto de Arte Público de Puerto Rico». *La Habana Elegante*, n.º 51 (primavera-verano 2012a) (en línea) [Fecha de consulta 05.03.13] http://www.habanaelegante.com/Spring_Summer_2012/Dossier_SanJuan_RodriguezCasellas.html
- «La ciudad invisible». *80 grados* (19 de octubre de 2012b) (en línea) <http://www.80grados.net/la-ciudad-ausente/>
- Rodríguez Juliá, Edgardo. «Apostillas a San Juan, ciudad soñada», en: Ortiz, Maribel y Vilches, Vanessa (eds.). *Escribir la ciudad*. San Juan: Fragmento imán editores, 2009, p. 13-24.
- United Nations Office on Drugs and Crimes/UNODC. *UNODC Homicide Statistics* (en línea) [Fecha de consulta 11.03.13] <http://www.unodc.org/unodc/en/data-and-analysis/homicide.html>
- Zizek, Slavoj. *Violence. Six Sideways Reflections*. New York: Picador, 2008.

FORO INTERNACIONAL

VOL. LIII

JULIO-DICIEMBRE, 2013

NÚMS. 3-4

213-214

Humberto Garza, Jorge A. Schiavon y Rafael Velázquez Flores
Introducción: La política exterior en el sexenio de Felipe Calderón

Ana Covarrubias Velasco
La política exterior de Calderón: objetivos y acciones

Rafael Velázquez Flores y Roberto Domínguez
Balance de la política exterior de México

Jorge A. Schiavon
¿Qué quieren los mexicanos en temas internacionales?

Arturo Santa Cruz
La política exterior hacia América del Norte

Guadalupe González González y Rafael Velázquez Flores
La política exterior de México hacia América Latina

Lorena Ruano
Las relaciones de México con Europa

Romer Cornejo
La relación de México con China

Marta Tawil
México ante Medio Oriente

Hilda Varela Barraza
La política exterior de México hacia África

Jorge Chabat
La seguridad en la política exterior de Calderón

Jorge Durand
La "desmigratización" de la relación bilateral

Alejandro Anaya Muñoz
Política exterior y derechos humanos

Luz María de la Mora
La política comercial de México

Juan Pablo Prado Lallande
La cooperación internacional para el desarrollo

César Villanueva Rivas
La diplomacia cultural de México

Olga Pellicer
México como potencia media en la política multilateral

Blanca Torres
El activismo en materia de cambio climático